

ÁNGELA VALLVEY



EL ALMA
DE LAS
BESTIAS

En esta gran novela, Ángela Vallvey trasciende los cánones del género histórico para descubrirnos el origen de los relatos que nos cuentan quiénes somos, las historias que apelan a aquello que nos hace humanos desde la noche de los tiempos.

Un niño ensangrentado y perdido en el bosque. Una reina demasiado joven que no acepta su destino. Un sefardita que custodia un libro misterioso. Un guerrero que pide justicia. Un asesino que mata como un animal...

Estos son algunos de los personajes que desfilan por las páginas de esta fascinante historia, que discurre entre los años de Jesucristo y el reino medieval de León en tiempos del Cid. Una aventura apasionante que mezcla personajes históricos y anónimos en épocas oscuras y violentas en las que, a pesar de todo, hombres y mujeres se atrevían a recorrer caminos inciertos y a enfrentarse con peligros inimaginables para cumplir su destino.

*Para mi sobrino Álvaro:
que la vida te sea propicia.
Y que sea largo el camino,
lleno de aventuras,
lleno de conocimientos*

Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño.

Ahora vemos como por un espejo, oscuramente; pero luego veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero luego conoceré como fui conocido.

Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor.

Corintios 13:11-13

EL COMIENZO

DE NATURA RERUM

De la naturaleza de las cosas

1

Se quejó mientras se sentaba y miraba alrededor

Tierra Santa
Invierno del año 1059

Selomo había dormido con dificultad. En realidad, lo de dormir era una manera de hablar, porque no había pegado ojo.

–Ya no soy joven –se quejó mientras se sentaba y miraba alrededor con ojos de sorpresa.

Llevaba años inmerso en la intrincada traducción de su libro y las cosas que lograba sacar de él, los secretos que conseguía descifrar, no lo dejaban tranquilo. Al contrario, añadían nuevas preocupaciones a su complicada existencia nómada. La que, por cierto, había elegido él hacía años, sin que nadie lo obligara a ello.

No se arrepentía. No del todo.

El caso es que cada nombre que revelaba gracias a su delicada tarea, toda acción que era capaz de desentrañar de entre las palabras escritas hacía mil años que comprendía el raro ejemplar eran una piedra más que echaba sobre sus hombros.

Así se sentía en ocasiones: transportando la abrumadora carga que su padre había puesto sobre él liberándose, de esa manera, a sí mismo.

Aunque fueran piedras preciosas, pesaban mucho.

«Cuando tenga mi propio hijo, yo también podré descansar. Cuando ese día llegue, le pasaré el testigo...», se

dijo intentando con poco éxito calmar la agitación que sentía.

Había pasado la noche sobre un jergón de pieles de olor penetrante, en una tienda montada en la ladera de una de las montañas que bordeaban la ciudad. Su refugio estaba hecho de piel de cabra y aunque la textura que lucía era tosca, ordinaria y un poco maloliente, al menos servía bien para proteger de los vientos desapacibles del invierno.

Se asomó por uno de los laterales de la tienda, que se recogían para permitir la ventilación. La piel de cabra, que se mostraba porosa cuando estaba seca, al recibir las primeras lluvias se comprimía, haciéndose impermeable: la de su tienda tenía el aspecto de haber pasado más de un invierno a la intemperie.

Su compañero de campamento, que lo había recibido como anfitrión al ser pariente de uno de sus muchos allegados en la región, ayudado por sus tres hijos, le había montado la tienda la noche anterior con la sencillez de quien está acostumbrado a hacer una tarea que a Selomo se le antojaba complicadísima. Colocó unos postes de madera recogidos de entre las ramas caídas de los árboles de alrededor, instaló unas cuerdas como tirantas y luego dejó caer unas largas tiras de piel a ambos lados, hincándolas en la tierra con ayuda de unas estacas a las que ató otras cuerdas para tensar los postes. La tienda era pequeña, dispuesta solo para él, pero otras cercanas estaban ocupadas por varios miembros de una misma familia y divididas en pequeñas habitaciones con cortinas verticales también de piel. Era una manera buena y barata de ahorrarse el alojamiento en Jerusalén, en alguna posada probablemente infestada de liendres y piojos enojados.

Miró con una despistada preocupación los dibujos simples de la gastada alfombra que le servía de suelo.

Un nombre de mujer acudió de repente a su cabeza, llenándola como una vaharada de aire caliente y perfuma-

do.

«María, María, María...»

Tras sus estudios había llegado a la conclusión de que mil años atrás ese era un nombre común, usado para nombrar incluso a muchas de las mujeres que se contaban entre sus antepasados.

Pero ahora sabía que aquella María que aparecía en su libro, propietaria del mismo y en buena parte autora, no era un personaje común.

En absoluto.

Acomodó el libro bajo su manto.

El picor y el dolor de su pecho se habían vuelto insoportables después de varios días de alivio que coincidieron con su estancia en el campamento.

Desde allí podía ver el contorno amarillo violento que dibujaban las aristas de los edificios de la Ciudad Santa bajo las primeras luces del día.

Antes de salir al aire libre y polvoriento del amanecer vio la silueta de unas mujeres rodeadas de niños alborotadores que colgaban en un trípode varios pellejos de animal rellenos de leche. Luego los agitarían para batirla hasta obtener una rica mantequilla, probablemente aplicando un método idéntico al que hacía mil años se usaba en aquellas mismas laderas.

Sus acompañantes también estaban de visita religiosa en Jerusalén. «Parece mentira cómo pasa el tiempo y qué pocas cosas cambian en realidad», se dijo mientras se fijaba en aquellas figuras femeninas, alegres y atareadas a esas horas en las que el sol aún no había asomado su verdadero rostro fiero.

«María, María...», repitió en voz baja saliendo de la tienda para reunirse con sus parientes y amigos.

Luego se estremeció, pero no por el frío de la madrugada, sino de verdadero miedo.

2

Nunca más tendría suficiente

*Alrededores de Sahagún. Imperio de León
Invierno del año 1061*

Le gustaba cazar, pero no tenía suficiente.

Él sabía que nunca más tendría suficiente, que hasta el fin de sus días sería así. Se inclinó hacia el suelo y husmeó entre los despojos de unas presas de animales carniceros. Mientras hurgaba entre los restos, se decía a sí mismo que no había tanta diferencia. Había cazado de todo a lo largo de su vida. Desde grandes cérvidos hasta jabalíes. Desde osos hasta caza menor, con la que tenía que conformarse cuando llegaban tiempos duros. Conejos y pájaros, algún corzo extraviado.

Aunque, llevado por la necesidad, recurrió a las trampas y a los cebos, prefería las armas blancas. Las redes y los lazos le resultaban repugnantes. Ni siquiera los arcos servían a sus urgencias.

Alguna vez había cazado *à forcé*, en alguna ocasión se sumó subrepticamente a una montería de los grandes señores confundiendo a los perros mientras dejaba acariciar sus oídos por el sonido de los cuchillos y las espadas.

Aquello era música para su alma.

Tenía la vista de un halcón. O mejor: de un gavilán entrenado para descubrir a la presa y arrastrarse por el suelo hasta dar con ella y atraparla entre las garras. Pero él no esperaba luego a los perros ni a los hombres.

Él era el lobo, el hombre y el perro.

Todo a la vez.

No obstante, sabía que era preciso tener cuidado. Llevaba años actuando con prudencia. Procuraba esperar al levantamiento de las vedas y era un experto en camuflarse entre los matorrales.

Allí, tan lejos de su tierra natal, los bosques eran diferentes. Parecían más claros, pero la caza seguía siendo fuerte.

Acercó de nuevo sus narices hasta los despojos sanguinolentos. A falta de algo mejor, aquello le serviría.

No había otra cosa, la situación se había complicado últimamente, y él tenía que guardarse bien de ser descubierto. Cogió un puñado de vísceras con sus manos sucias y agrietadas y se las llevó a la boca. Luego lamió con lenta delicadeza, como acariciándolas con la lengua, cada una de las gotas de sangre.

Hacía años que solo comía carne.

Aquel día tendría que conformarse con la de un animal. Pero al siguiente se llevaría una sorpresa tierna, joven, sollozante... a los dientes. Sin duda, un bocado exquisito.

3

Son capaces de ver ángeles

Nazaret. Galilea

Año 9 después de Cristo

A María le gustaría hablar con los ángeles.

Muchas personas son capaces de ver ángeles. Los mensajeros de Dios. Los que se sientan a su lado en el trono celestial y son portadores de la sabiduría divina...

Su madre ve ángeles.

No es la única. En Nazaret, donde viven, conoce a muchos que han hablado con ángeles. Tiene amigas que pueden verlos, escuchar sus palabras. Servirse de ellos como guías para andar los caminos de la vida.

Por desgracia, no es su caso.

Aunque son espíritus y están por todas partes, ella jamás se ha tropezado con uno. Ha hecho todo lo posible. Ha cerrado los ojos con fuerza y ha rogado, le ha pedido a Dios a través de sus oraciones que le envíe uno para que le cuente qué tiene que hacer, cómo debe obrar. Para que le dé consejos. Pero los ángeles se esconden en el regazo de la tierra, o de las nubes, siempre ocultos a sus ojos.

María siente que ella no es digna de dialogar con un ángel. De escuchar sus promesas, sus palabras radiantes, de sentirse llena de la confianza y la fe que inspiran.

Por eso, el libro que le ha regalado su marido es para ella una alegría sorprendente. Un sustituto de las palabras divinas de los ángeles. Algo a lo que se puede aferrar. Una puerta hacia el futuro, un tesoro donde las palabras son música y huelen como flores en primavera.

A partir de ahora, mientras tenga con ella ese libro, nunca estará sola. Siempre echará a andar con el pie derecho. Podrá escoger su futuro, llenar su vida con las pequeñas alegrías de un alma que camina segura y es capaz de sonreír.

4

Ecos de su propia voz desesperada

*Alrededores de Sahagún. Imperio de León
Invierno del año 1061*

—¿Y los gemelos? ¿Dónde están los gemelos?

Germalie lanzó un grito para llamarlos, pero no obtuvo respuesta. Tan solo el silencio del campo, que le devolvió ecos de su propia voz desesperada.

Era la encargada de cuidarlos y se había distraído.

—¿Dónde se habrán metido? Cuando los encuentre, les daré una paliza hasta hacerlos sangrar. —Se consoló con la idea, aunque sabía que nunca reuniría las fuerzas suficientes para pegar a sus hermanos. Tenían una cara redonda, sucia y curiosa, la mirada turbia, de un verde infantil, y las manos siempre pegajosas. Ni siquiera sabían hablar.

Miró hacia el cielo gris, con trozos de un azul tan vivo que hería los ojos, buscando ayuda de Dios. Pero no la recibió.

Los niños tenían casi dos años, cuatro menos que ella, y nunca estaban quietos. La suya no era una tarea fácil, a pesar de que su madre había asegurado lo contrario.

—Son solo dos renacuajos, encárgate de ellos, tú eres la mayor —le ordenó con voz agria poco después de que nacieran—. Si han sido capaces de sobrevivir al parto y de no matarme a mí, podrán salir adelante.

Sus padres se ganaban el pan en los bosques, haciendo carbón de leña. Pero allí la foresta no era tan espesa como la que recordaba Germalie, al otro lado de las montañas. Aun así, abundaban las zonas de monte bajo y tupi-

do. Eso la había confundido. Por eso los perdió de vista. Se había confiado. Pensaba que bastaría con echar un vistazo alrededor para localizarlos. Era fácil ver las cosas en aquel lugar. Los animales, los conejos saltarines, las perdices desconfiadas... ¿Por qué no a un par de niños que apenas sabían andar?

—¿Dónde estáis, pequeños? Venid aquí. Mamá me castigará si no volvéis pronto.

La mayoría de la gente a la que conocía sentía pavor en los bosques, pero su familia había encontrado en ellos un buen refugio y sustento, quizá por eso Germalie no tenía miedo. Además, aquel no era cerrado y misterioso, sino claro y...

—¡Volved aquí!

Oyó unos ruidos detrás de unas matas y se acercó corriendo, mirando al suelo con prudencia por si había serpientes. Apartó unos matorrales a tiempo de ver un bulto que le pareció el cuerpo de su hermana y percibió unos gemidos ahogados.

—¡Alix! ¿Eres tú? ¡Ven aquí ahora mismo!

Pero nadie respondió. Y Germalie nunca volvió a ver a Alix, ni a su gemelo.

—Gemelos, mala suerte... —solía decir su padre—. Habrá que hacer lo posible para que nadie sepa que nacieron del mismo parto. El niño es un poco más grande que la niña. Diremos que vinieron al mundo con siete meses de diferencia. Es mejor ocultar que llegaron a la vez. Para esconderlos de la mala fortuna.

Pero Germalie no se fiaba del todo de las cosas que vaticinaba su padre. Al hombre le gustaba comer y beber como si no existiera nada más en el mundo. No siempre hacía juicios atinados. *Chapon en rost et vin qui fu de boe-ne grape, plain pot, covert de blanche nape...* «Capón asado y vino de buena cepa, olla llena, mesa cubierta de blanco mantel...» Esa parecía ser la única oración que se sabía. ¿Quién podría fiarse de las cosas que decía? Ni si-

quiera ella, que era su hija, lograba sentir plena confianza en su padre.

–¡Alix, Émile! ¡Salid de ahí! ¡Venid conmigo!

Fue en ese preciso momento cuando Germalie empezó a sospechar que la mala suerte se los había llevado consigo a ambos.